

LIBROS

La economía española de los años 70

Si la Historia de España ofrece —por utilizar una conocida expresión— un «manejo de enigmas apasionantes», la España actual vuelve a ser, de manera tan destacada como en otros momentos pretéritos, un tema apasionante de estudio, como consecuencia precisamente de la extraordinaria intensidad y las no pocas peculiaridades del acelerado proceso de cambio social y económico que acompaña a la fuerte expansión del capitalismo español de los últimos años.

De ahí el interés que ha de presentar cualquier empeño riguroso de análisis sistemático y, en términos aún más generales y previos, cualquier tarea continuada de selección de materiales que posibiliten el estudio y la comprensión de dicho proceso de crecimiento y cambio social y económico. Por eso mismo no debe dejarse de subrayar la aparición de la sexta obra de la serie —iniciada en 1968— de *Anuarios de Economía Española*, que un destacado grupo de profesores universitarios viene ofreciendo, siempre desde posiciones independientes de cualquier entidad económica, financiera o vinculada a la Administración, dirigido y realizado por J. Muñoz, S. Roldán, J. L. García Delgado y A. Serrano (este último, el nuevo firmante del seudónimo colectivo «Arturo López Muñoz»)(1).

(1) La economía española, 1973. Anuario del año económico. Edicusa. Madrid, 1974. Dirigido y realizado por J. Muñoz, S. Roldán, J. L. García Delgado y A. Serrano, con la colaboración de I. Cruz, J. Falces y J. M. Fernández Pérez.

lo que constituye, desde luego, un hecho bien singular en el panorama de la producción bibliográfica de esa índole.

En el volumen correspondiente a 1973 destacan, sin duda alguna, los tres extensos primeros capítulos, cuyo contenido respectivo justificaría, en otro caso, otras tantas publicaciones unitarias. En el primero, Algunos aspectos de la evolución general de la economía española en 1973, se estudian, ante todo, los rasgos más destacados de la prolongación durante el último año de uno de los períodos de crecimiento y acumulación más importantes de toda la historia del capitalismo español: el que ha permitido a éste ofrecer a la altura de nuestros días una imagen, en parte, tan distinta a la de los primeros años 50, por ejemplo. Y en ese marco analiza también dos temas insoslayables, que anticipan ya los problemas de la economía española durante el presente año: uno, el auge de las tensiones inflacionistas, y el otro, la inicial incidencia de la crisis energética internacional, así como las primeras medidas —primeros errores— de la política económica española para afrontarla.

El segundo capítulo, *Economía laboral española: Seguridad Social Agraria y visión global de 1973*, incluye un extenso y documentado trabajo con el que se trata de cubrir una parcela marginada en otros informes generales sobre el año económico, y que, sin embargo, resulta más esencial, dados unos determinados supuestos metodológicos, para una revisión mínimamente globalizadora y clarificadora de la evolución económica.

En el tercer capítulo, en fin, *Las inversiones extranjeras en la economía española a la luz de la opinión pública*, no sólo se recogen —siguiendo el método ya utilizado en los trabajos análogos incluidos en *Anuarios* precedentes— una gran parte de las

diversas posiciones y actitudes que se han explicitado, a través de la prensa especializada o de información general, a lo largo de 1973 en torno a dicho tema, sino que, además de eso, se ofrece una elaborada síntesis del proceso histórico de la penetración de capital extranjero en España desde mediados del siglo XIX.

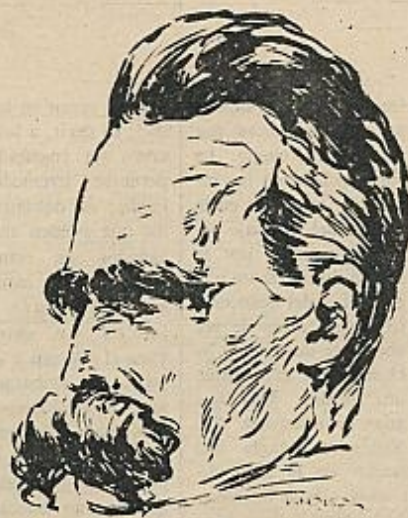
La obra se cierra, por último, con dos capítulos, dedicados a ofrecer una noticia —adecuadamente sistematizada, por una parte— de las disposiciones más importantes de política económica y, por otra, de bibliografía sobre economía española aparecida en 1973.

En conjunto, pues, una amplia obra, cuidadosamente elaborada, de inexcusable consulta en cualquier estudio de la dialéctica del desarrollo capitalista español más reciente. ■ PATRICIO G. HERRANZ.

«El filósofo intempestivo»

Quien conozca no excesivos pormenores de la filosofía de F. Nietzsche, y parece que ya hasta los gatos (no todos pardos, por cierto) se aventuran a tales peligros, sabrá muy bien que uno de sus más dulces y decididos propósitos fue el de resultar intempestivo, esto es: extemporáneo o inoportuno, que tanto da. Pero es que ¿no conspira el tiempo también contra el filósofo? ¿No hay, pues, un tiempo de la filosofía, un oficio de filósofo? Si así fuera, si a Nietzsche o a cualquier otro se les tolerase una sola palabra intempestiva, una sola palabra plena de fuerza, se vendría abajo todo el proyecto socrático y quedaría manifiesta la enfermedad crónica de la filosofía: la confirmación del talante moral del lenguaje.

Concebir la moral como enfermedad y como enfermedad que hace presa en el lenguaje, que hace del tiempo aposento de crímenes y convierte en historia los



Friedrich Nietzsche.

mitos, la filosofía en consuelo de afligidos, parece entonces el comienzo de una más vasta indagación genealógica que tiene aquí su medida en estos textos inéditos de los años 1872, 1873 y 1875, contemporáneos de las primeras «Intempestivas», que comentamos (1).

Pero Nietzsche es aún un filólogo vinculado, a través de su maestro Ritschl, a la gran escuela alemana. Ciertamente la publicación de «El origen de la tragedia» ha provocado una casi unánime condena y su alejamiento sin pena de la institución universitaria, aunque no lo es menos que su saber o su pasión de y por Grecia oscurecen lo mucho que a Wagner o a Schopenhauer pueda aquel libro deber (no ocurre, sin embargo, así con la fulgurante tradición del romanticismo alemán, con Hölderlin, sin duda, con Schinkel incluso, que había soñado un Walthala sólo posible en Grecia, escándalo, por tanto, de Bayreuth).

En cierta manera, Nietzsche sitúa su reflexión filosófica de estos años en el ámbito de la crisis general a que había abocado la «décadent» y filisteica ciencia alemana, crisis que él imaginó tan desoladora como aquella que llevó a la «polis» griega a prestar oídos a

(1) F. Nietzsche: El libro del filósofo. Ed. Taurus. Madrid, 1974.

un sicofante como Sócrates y al delirio epídico de los macedonios.

«Los filósofos —dice Nietzsche— aparecen en las épocas de gran peligro, cuando la rueda (del tiempo) gira más veloz; ellos y el arte ocupan el lugar del mito en trance de desaparición». «Intempestividad» entonces la del filósofo, tanto en su imposible negación de la modernidad (Grecia, paisaje y palabra de la sabiduría) como en su reprobación de la suprema fascinación del tiempo. Filosofía y arte hacen y deshacen esa fascinación, pretenden reinventar los mitos en un mundo dominado por la Historia y por la prensa (sucedió, según Burckhardt, de la retórica antigua), y de esta manera se convierte la primera en medicina para el dolor de la cultura (¡todavía Schopenhauer!), y el segundo, en mentira y desencanto del «dogmatismo de las ciencias».

No le extrañe al lector de este libro la insistencia de Nietzsche en la naturaleza saludable del ejercicio de la mentira porque, ¡sepalo ya!, el propio «Libro del filósofo» es, en opinión de los estudiosos esforzados, una mixtificación. No será seguramente ésta la primera ni última vez que tal le suceda, puesto que este tipo de artificios resulta a menudo tan provechoso como las más

perfectas maquinaciones filológicas. Ciento ochenta y nueve páginas falaces no alcanzan, sin embargo, el desmedido volumen de las fantasmagóricas enciclopedias de Borges. Así todo, objeto o no de manipulaciones, estos inéditos de Nietzsche no descalifican una lectura apasionada (como acertadamente propone Fernando Savater, su prologoista), sino quizá a los amigos de administrar la certeza y la seriedad en el ámbito de la moralidad docente. Nada nuevo; ya Ulrich von Wilamowitz-Möllendorf, uno de los más enconados detractores de Nietzsche, hacía apología del aprendizaje de la verdad por vía del «ascetismo de un abnegado trabajo».

¿A qué y de dónde viene esta veneración por la verdad? o, mejor aún, ¿por qué esta reducción del lenguaje a la alternancia de lo verdadero y lo falso?

Digna es de consignarse, antes de pasar a otra cuestión, la unión con que tantas y tan dispares gentes han reverenciado y reverencian a la verdad. En la verdad coinciden, en detrimento del orden del mundo, los bebedores de vino y las izquierdas. El propio Nietzsche cuenta en «Ecce Homo» que Zaratustra, persa, recomendaba a los jóvenes de su raza dos cosas tan sólo: disparar con arco y decir la verdad. Deberíamos luego recordar aquello tan bonito de que la verdad siempre es dolorosa. Aquí precisamente comienza Nietzsche su discurso. En la «Introducción teórica sobre la verdad y la mentira en el sentido extramarital», el texto más sugerente de este libro, Nietzsche, tras discurrir («exposición continua» la llama) arduamente por un laberinto lingüístico tal, considera que el asunto quedaría resuelto de esta manera:

«Platón, como prisionero de guerra, ofrecido en un mercado de esclavos —¿para qué quieren los hombres a los filósofos?—. Esto perti-